

Relatos de interés

Daniel Prior Gijón

La clase jugaba entre sí. Chillaba, charlaba, disfrutaba. Esto era así porque estaban entre lecciones.

El pequeño David, a sus seis años, parecía más que distraído, absorto en sus pensamientos. Tal vez incluso ensimismado.

La profesora Sara, a la cual vio y no vio entrar en el aula, se dirigió directa a él tras ojear el panorama.

—¿Qué te ocurre, David? —preguntó ella aún permaneciendo de pie enfrente de él.

—Sólo estaba pensando —supo al fin responder el niño.

—¡Eso lo podría haber adivinado cualquiera! —dijo ella, jovial. David permaneció en silencio, a lo que la profesora añadió:

—¿Y en qué piensa esa cabecita?

—Es que no sé si...

—Venga, en confianza.

El niño se lanzó a la piscina:

—Pues estaba pensando en cuando fui al parque de atracciones, en cómo sentía el vértigo y la velocidad de las máquinas, o en cómo mi madre se subió a una atracción cuando mi padre le advirtió que no lo hiciera y casi vomita y él la regañó, y, y...

—¿Y? No parece para tanto —dijo la profesora visiblemente contrariada.

—Pues que esta mañana venía con mi padre en el coche y resulta que yo nunca he estado en el parque de atracciones.

Permanecieron un minuto en silencio.

—David, no te preocupes, eso sólo significa que tienes mucha imaginación —concluyó la psicóloga.